

Por algo las naciones, cuanto más se engrandecen y más gallardean en el desarrollo de la cultura humana, más acrecientan su poderío por mar y por tierra. Un pacifista acérrimo no podrá desconocer que este hecho constante algo significa. Los grandes pueblos tienen poetas, artistas, pensadores; pero también se precian de la mejor marina, el ejército más fuerte y disciplinado, los armamentos más adelantados. La investigación científica moderna, en gran parte, se consagra a perfeccionar lo que se ha llamado instrumentos de destrucción. Cuanto más primitivo y atrasado es un pueblo, peor condicionado se encuentra para defenderse y para ofender. No sé si algún día cambiarán las cosas, y, por mí, no lo creo; lo que venimos viendo desde que podemos conocer la historia, y aun antes, cuando sólo se la adivina, permite afirmar que se trata de una ley natural, y por lo tanto, inderogable; y si tanto se habla de civilización, conviene observar sus peculiares fenómenos. A la luz del desastre, los franceses los entrevistaron, y aquel lugar común del maestro de escuela victorioso que, al expresar una idea, se le ve el pelo en la mano, muy ilustrado, muy científico, es el que cultiva la inteligencia y la fuerza a un tiempo, y tiene el ejército superior, como tiene la escuela superior, y ambas cosas las tiene por las mismas razones y para los mismos fines, pues no existe, en buena lógica, semejante antagonismo entre el cuartel y la escuela.

El caso de Turquía, el caso de Marruecos, se prestan a largas reflexiones históricas, impropias de la labor del cronista. En la marcha del mundo, ya no tenemos que contar gran cosa con el elemento musulmán. Una de las religiones más rápidamente establecidas, la religión de la conquista y de la violencia, parece vencida sin remedio y sentenciada a extinguirse. Y es que no basta la fuerza sola, no basta la cimitarra, no basta el valor, no basta la sangre. Con ella hay que amasar civilizaciones fértiles, progresivas, en todo lo accesible a la actividad humana. La molición de la barbarie, la esquizencia de la ignorancia, han perdido a los mahometanos. Para ellos no hay salvación. Y perdóneme mi amigo Eugenio Silvela, que defiende con sumo ingenio que están perfectamente los moros y entienden mejor que nosotros la vida.

En Vivaro y en la Habana, estos días, se ha celebrado el centenario de un poeta de la época romántica, el vivariense Nicomedes Pastor Díaz. Pertenece Pastor Díaz a la generación de Zorrilla, Espronceda, Pacheco, Olózaga, y todavía pudo frecuentar el trato de D. Juan Nicasio Gallego y de Quintana. Estudiante de leyes, venido a Madrid desde su provincia para buscar un porvenir, lo encontró más brillante de lo que pudo fantasear nunca, en la edad en que la fantasía domina y se aspira a cuanto la tierra contiene en sus ámbitos. Además de la nombradía literaria, obtuvo Pastor Díaz algo más positivo, haciendo brillante carrera política. Empleado primero, luego gobernador de provincia, lo que entonces se llamaba «jefe político»; ministro después, y en pos ministro plenipotenciario, no se sabe lo que le hubiese reservado aún el destino, si no muere relativamente joven, a los cincuenta y dos años, antes de que estallase la Revolución de Septiembre. Pastor Díaz había militado en las filas del antiguo partido moderado, y había sido dinástico de la reina Cristina, una hechicera que tuvo el don de seducir a los poetas; pero en los últimos años que pasó en este mundo, habíase afiliado Pastor Díaz a la Unión liberal que, como nadie ignora, tanto cooperó a la caída de la dinastía. Pastor Díaz tenía ante sí horizonte. La suerte dispuso otra cosa.

Hoy, nadie se acordaría de Pastor Díaz político, porque esos señores, que en vida están como quieren, y son los amos del cotarro, caen después en el más justo olvido, por lo cual sus admiradores (con cuenta y razón) se dan prisa, mientras viven, a erigirles monumentos y a poner su nombre a las calles, seguros de que, a los veinte años, nadie sabrá ya ni cómo se llamaba el grande hombre. Pero Pastor Díaz, entre mucha prosa, no indigna de estimación, pero algo pasada de moda, ha dejado unos versos impregnados de melancolía, de lo más hermoso y también de lo más sincero que produjo la Musa romántica; y por eso su recuerdo perdura. La poesía, romántica ó no, es de todo tiempo, y al través de los siglos, llega hasta nosotros; y la de Pastor Díaz no tiene de fecha un siglo aún, y responde a sentimientos no extinguidos, y todavía pudiera el autor de la *Sirena del Norte* decir altivamente como Enrique Heine a la joven que se asoma a verle pasar:

«Soy alemán poeta,
conocido en las tierras de Germania:
si á los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama.

Y en cuanto á lo que sufro...
muchos, niña, lo sufren en mi patria:
ya te dirán la mía,
si te dicen las penas más amargas.»

En efecto, y aquí está el encanto penetrante de la sinceridad de Pastor Díaz, esos versos, parte escritos en la juventud y parte en la edad madura, no mientan al descubrir un espíritu ensombrecido, al exhalar una nostálgica y dolorosa queja. Nacido en un país como Galicia, que prepara, á las almas escogidas, al ensueño y á una vaguedad de sentimientos que es al alma lo que la niebla al paisaje, Pastor Díaz, en medio de los éxitos, de los triunfos, de las satisfacciones de la vanidad, académico, ministro, embajador, no deja nunca de percibir el frío aleteo de la mariposa negra en derredor de sus sienes. Esa calma jovial, ese contento de vivir, que hacia los cuarenta años se presenta en las organizaciones sanas y fuertes, nunca parece haberlo experimentado Pastor Díaz. Fuese enfermedad moral ó padecimientos físicos, salud quebrantada, desencanto, ó lo que se quiera, Pastor Díaz, en su vida, no era sino el famoso «mal del siglo», sello del romanticismo, marca fatal...

Pastor Díaz había asistido, como todos los literatos jóvenes de aquella época en Madrid, al entierro del suicida Larra, que fué para las letras españolas fecha punto menos señalada que para las francesas el estreno de *Hernani*. Se reveló allí el fervor romántico de toda una generación, el germen depositado en sus venas por las mismas causas y los mismos épicos sucesos, la acción de Bonaparte, el contagio revolucionario, las agitaciones de la historia. Y Pastor Díaz fué quien narró la aparición de aquel muchacho, casi un niño, delgado, de pálida frente, que saliendo, por decirlo así, de debajo del nicho de Larra, alzó al cielo los ojos vidriados de lágrimas, y empezó á recitar unas estrofas que la emoción no le dejó acabar. Yo he intentado estudiar la psicología de Zorrilla, los contrastes de su carácter, y si en aquel momento, en que declamaba sus archicélebres lamentaciones en la tumba de Larra, sus lágrimas no mentían, seguramente en el curso de su carrera poética, y en muchos de sus versos, la huella del sentimiento anda por las nubes. No así Pastor Díaz. La lira le sirvió, verdaderamente, de desahogo para un sentir completamente romántico, sin fingimiento ni pose alguna. Ni agotó en sus versos todo el romanticismo natural de su organización fina y nostálgica. Quizás — y algunos pasajes lo dejan entrever — la idea sombría de acabar como Larra visitaba su conciencia, y sólo la rechazaba la fe del católico, y no era retórica en él hablar de «las dulzuras de apetecida muerte». Y en las poesías de este hijo de Galicia, (la tierra en cuyo paisaje hay más sentimiento recóndito, más ensueño) se encuentra lo que no podríamos descubrir en poetas de mayor nombradía: un fiel reflejo del estado moral, una verdad interior, psicológica, que les da el valor de documentos humanos.

Otro mérito de los versos de Pastor Díaz es sin duda el carácter que les imprimió la tierra natal del autor. Pastor Díaz, sin embargo, en nada se parece á un regionalista de ahora, á un rebuscador del detalle pintoresco, de la nota local. No cabe persona más sobria de descripciones; y con todo eso, en *Mi inspiración*, *La mariposa negra*, *La sirena del Norte*, rebosa un género de sentimentalismo inconfundible, con el que existe en un hijo de Castilla ó en un hombre de la costa de Levante. Son versos, han brotado al ruido bronco, al tumbido fragoroso del mar sobre la arena de una playa que no es del *Mediterráneo*; en la ribera cántabra y no en otra parte. Taine, que para conocer á un autor interrogaba al medio ambiente, al país, á la raza, encontraría confirmada su tesis en Pastor Díaz, celta y gallego hasta el tuétano, en medio de su vivir cortesano y cosmopolita.

Todos hemos probado esa sensación mística á fuerza de profundidad, que produce el cuadro donde se localiza *Mi inspiración*:

«No brillaban los astros en el cielo,
ni en la tierra se oía humano acento;
estaba obscuro, silencioso el suelo,
y negro el firmamento.
Sólo en el horizonte,
alguna vez, relámpagos lucían,
y al mugir de los mares respondían
los pinares del monte...»

Es la sensación genuina de esta tierra: las voces sollozantes de los pinos, que otro poeta verdadero, Eduardo Pondal, calificó con dos verbos insustituibles, *soar* y *bruar*; es el quejido doliente del Océano, que se une á la sinfonía lamentosa de las resinosas ramas... Y el que, como Pastor Díaz, la sabe oír, queda enfermo para toda la vida.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta guerra que Italia ha emprendido, estaba sin duda pensada y resuelta desde hace tiempo, pero ha estallado tan repentinamente, que ha sido una sorpresa universal. La vieja Turquía acaso no contaba con arremetida tan súbita, y las mismas naciones europeas se han escandalizado un poco. ¿Qué es eso? ¿A ver? ¿Cómo no han precedido á la salida de los buques italianos negociaciones, notas diplomáticas infinitas, recaditos oficiosos, consultas, chismografías, artículos de periódicos serios y bien informados, de esos que pilotan la opinión? ¿Cómo, en una palabra, no se le ha dado al gobierno otomano tiempo de hacer cómodamente sus preparativos? No vale coger á la gente así, desprevenida, agarrándola bruscamente del pescuezo.

Y yo creo que es lo mejor que han hecho los italianos; proceder antes de que en Italia misma se produjese fermentación, y por fas ó por nefas la madeja se enredase. No prejuizo si de la guerra sacará Italia gran provecho; me figuro que sí, porque es indudable que no se arrojan á una aventura de azar, la cual no se explicaría, no mediando antecedentes y rencores; pero sólo digo que, en esta cuestión y en todas las que afectan á los intereses nacionales, me agrada que se piense despacio y en secreto y se proceda en público con fulminante rapidez. En la dilación ha solido siempre estar — la historia lo enseña, — el peligro. Dilaciones y aplazamientos, confusiones y falta de plan, perdieron á los franceses en 1870.

El interés de la humanidad, en esta clase de luchas, está con la nación más civilizada; y mal pudiéramos dudar que sea Italia, en el caso presente. Yo he oído hablar mucho, en estos últimos años, de que Turquía adelanta; de que ya no se tapan la cara las turcas; de que ya reciben corsés de París, y de que las bandadas de perros famélicos, que recorrían en libertad las calles de Constantinopla, han sido exterminadas. Todo ello será muy cierto, y en Turquía, en una ó en otra forma, se habrá colado un poco de los adelantos ó de las costumbres contemporáneas; y hasta tendrán Cortes y Constitución, y telégrafo sin hilos. Pero hay una sangre que clama al cielo contra ellos: no se han olvidado las matanzas de Armenia, los crímenes contra pueblos indefensos, hasta en la normalidad de la paz, por puro fanatismo, ciego y cruel. Y ahora es cuando vamos á ver á Turquía, ó mejor dicho, la vemos ya, que no hay como una guerrita para tomarle el pulso á un pueblo. Nadie niega que Turquía tenga espíritu militar, y el valor, en esa raza, es cualidad que tampoco se discute. Pero, actualmente, no basta el valor; la civilización pide otras muchas condiciones, que Italia posee.

Acaso busca el desquite de campañas que no fueron ni provechosas ni halagüeñas pero sí del amor propio; y, en esto demuestran sus gobernantes tino y razón. Dígame lo que se quiera, nada infunde á un pueblo la conciencia nacional como una empresa gloriosa, que ha de contribuir á su engrandecimiento, satisfaciendo su orgullo más noble y legítimo. No se ha inventado, hasta la fecha, otra cosa mejor, y las naciones nuevas, jóvenes, como Italia, necesitan doblemente crear el sentimiento colectivo. Este es el aspecto moral y espiritual de la cuestión, prescindiendo del que pueda revestir para el desarrollo del comercio y de la industria.